

nos hacernos una serie de preguntas mayores aplicadas a la visión general de la época. Un personaje como el de doña Irene, la viuda rica venida a menos, que no ve «otra salida» que la de casar a su hija con un anciano hacendado, vale por centenares de dramas. Muchos de los futuros problemas del teatro burgués —la eterna necesidad de guardar las apariencias— están perfectamente apuntados en los seudopiadosos discursos de la viuda, a través de los cuales se manejan todo tipo de retóricas genealógicas y máximas morales sin otro fin que participar en la hacienda —y el respeto social que ella comporta— del viejo don Diego, a quien quiere por yerno.

Lo válido, por otra parte, es que todo este cuadro de comportamientos se manifiesta a través de unos personajes llenos de vitalidad. Destacamos justamente aquí el buen trabajo del director Miguel Narros y de los actores Guillermo Marín, Javier Loyola, Ana Belén, Luchy Soto, Montserrat, Noé, Francisco Vidal y Juan Sala. La mayor parte de ellos consigue armonizar lo que hay de «juegos», de convención, en la obra, con el sustento real del conflicto.

Justo es, sin embargo, subrayar la especial calidad del trabajo de Ana Belén, la intérprete de la joven «doña Paquita» (en el original, «doña Francisca»), que, en mi modesta opinión, da en «El sí de las niñas» un paso decisivo en su carrera. En otras ocasiones —y es preciso recordar su Inés del «Tenorio»—, bien fuere por inexperiencia, bien por disparidad estilística respecto de los actores tradicionales a cuyo lado trabajaba, su labor solió ser una mezcla de posibilidades y de limitaciones. Esta vez no ocurre así. De un lado, la experiencia es mayor, y de otro funciona muy bien en el equilibrio de la obra, en las significaciones de su personaje, su superior vitalidad, su mayor frescura y emotividad. Para mí, la Ana Belén de «El sí de las niñas» recordaba a María Jesús Valdés, aquella joven y espléndida actriz que —cosas que pasan— dejó el escenario para casarse. Declaro aquí mi interés y mi esperanza por lo que Ana Belén pueda hacer en un inmediato futuro.

En resumen: una reposición bien traída, y una ocasión para mí de hablar de este espectáculo del Español, no juzgado, por concurrir con otros

títulos, a raíz del estreno. La reserva que podría hacerse al academicismo, al tono complaciente, a la no historización, de «El sí de las niñas» es difícil de precisar, porque corresponde a toda la política cultural del teatro Español y a las directrices generales del teatro oficial. Y lo que es justo decir en una crítica general de esa política quizá no lo sea del todo hablando de su mejor espectáculo de una larga temporada. ■ JOSE MONLEON

CANCION

Reencuentro con Atahualpa Yupanqui

«Tengo tantos hermanos que no los puedo contar, y una novia muy hermosa que se llama libertad».

Nuevo recital de Atahualpa Yupanqui en Madrid. Otra



En la Zarzuela.

vez la sala llena —la inmensa Zarzuela— para escuchar al poeta, músico y cantante. Otra vez, bajo los formalismos de un recital, la esperanza en muchos espectadores de ir «descubriendo» aquel fabuloso Atahualpa, cuyas canciones de protesta fueron secretamente populares hace algunos años.

Atahualpa no prometía ningún programa concreto. En su lugar declaraba que «prefero cantar lo que el corazón me dicte», lo que, al menos en teoría, hacia de los espectadores los verdaderos directores del recital. De nuestra atención y nuestros aplausos dependía, en efecto, que Atahualpa, dentro de ciertos límites preestablecidos, insistiese en unos temas o en otros. «Quiera Dios que me rodee un público afecto al intimismo, porque entonces yo podré decir mejor mis cosas», aventuraba. Y el público cumplió, porque Yupanqui fue pasando, poco a poco, de concertista a cantante y de cantante a confidente. De la preciosista y brillante interpretación a guitarra de melodías populares saltó a los temas líricos y a alguna que otra canción decididamente convencional, como ésa sobre el corazón argentino y el caminito español que cerró la primera parte. Luego, tras el corto descanso, el recital subía inmediata-

mente de tono y el público se iba entregando progresivamente a los nuevos textos y canciones de Atahualpa. El lirismo exuberante y un tanto peligroso de muchas de sus canciones iba siendo absorbido por la actitud cada vez más confidencial del artista y por la raíz crítica de los temas abordados. Atahualpa era, cada vez más, un hombre solitario y solidario, que nos remitía, mediante un proceso artístico creador, a los problemas y acentos de las clases populares de su tierra. De hecho —como ocurre con el buen cantante—, Atahualpa no era sino el catalizador individual y sensible de una realidad establecida, la mirada que ve y ordena, literaria y melódicamente, una problemática colectiva. Protagonista y testigo, sus mejores canciones dejaban de ser el resultado de una emoción individual, para ser la resonancia de un paisaje, unos personajes, una sociedad. De la «nana» a la burla de los «poetas» que hablan de la luna y olvidan las cosas de la tierra, pasando por el tema del «silencio» del pobre indio o la injusticia de que muchos campos pertenezcan «a quien no los sabe sembrar», todo contribuía a ir configurando una realidad, de la que Atahualpa sólo era su privilegiado intérprete. Los textos se recortaban, se ha-

En la muerte de Bertrand Russell

Un poco más solos

En 1914, al ser movilizado, dijo no, la guerra no pasará. Pasó. En 1927 dijo no, la hipócrita moral victoriana no pasará. Pasó. En 1954 dijo no, la bomba atómica no pasará. Pasó. En 1963 dijo no, la bota gigante norteamericana en Vietnam no pasará. Pasó. En 1968 dijo no, la bota gigante soviética en Checoslovaquia no pasará. Pasó. En diciembre de 1969 dijo no, la liquidación profesional de Soljenitsyn no pasará. Pasó...

Encarnó toda la esperanza, toda la noble rebeldía, toda la sed de libertad, de saber y de justicia que dormitan en el corazón del hombre. De su primera pasión por las matemáticas conservó siempre la extraña idea de que dos y dos son cuatro, pese a que los políticos venían demostrando fehacientemente lo contrario. Del pedestal glorioso de la meditación filosófica bajó humildemente al periodismo nuestro de cada día, y, viejo y enfermo, no vaciló a la hora de echarse a la calle para defender con los jóvenes una cierta idea del hombre. «Es un viejo lo-

co...». El eterno reflejo conservador, apoyado por una suficiente sonrisa irónica, funcionó automáticamente. Sí, era un viejo loco.

El viejo loco escribió con cuarenta años de anticipación un libro de moral sexual («Mortgage and Merals») que cualquier niño escribe ahora creyendo que está descubriendo la pólvora. Si la sociedad británica de los años treinta hubiera hecho un mínimo de caso al viejo loco, se habría evitado la brutal ruptura entre el falso mundo puritano y el nuevo, ruptura que, naturalmente, el viejo loco veía venir. Si al viejo loco se le hubiera escuchado sólo un poco, más de medio mundo hambriento se estaría alimentando ahora de calorías y cultura, y no de chatarra, de muerte.

Se fue el viejo loco, llevándose intacta su locura. Se ha serenado, al fin, su cabeza de pájaro asombrado. Y, como en aquel negro día de invierno que se llevó a Camus, nos hemos quedado un poco más solos. ■ PABLO DE LA HIGUERA.

cian precisos, casi físicos. Atahualpa Yupanqui, rostro de indio, agradecía los aplausos que seguían a cada confidencia. Al final, correspondiendo a tanto entusiasmo, cantaba o contaba una hermosa historia autobiográfica. Empezaba así, más o menos: "Yo tenía un tío llamado Gabriel. Me decía que cuando fuese a cantar tonteras que procurase que sonase mucho la guitarra, pero que si tenía que decir algo serio bastaba que se oyese unas notas. Mi tío Gabriel murió en la cárcel".

Felicitémonos, finalmente, que la Zarzuela ofrezca este tipo de espectáculos. ■ J. M.

La escalada del flamenco

Flamenco y universidad.— José Menese ha vuelto de nuevo a su público madrileño tras de las numerosas intervenciones en los festivales de verano y otoño por tierras de su Andalucía. Recientemente intervino en la Escuela de Ingenieros Industriales, Club de Amigos de la Unesco, donde sentimos no haber podido escucharlo, y Colegio Mayor Isabel de España, donde obtuvo un gran éxito, acompañado a la guitarra por Melchor de Marchena, y donde comprobamos una vez más el gran valor del romance como instrumento de comunicación en su interpretación del romance «Así murió Juan García», del que es autor el pintor Francisco Moreno, uno de los pocos flamencos que han entendido la necesidad de dotar al cante de nuevas letras más cercanas a la sensibilidad de nuestro tiempo. Otro joven y gran cantaor, Enrique Morente, cuya línea de actuación, a partir de la Semana del Cante del Pueblo, en Granada, es cada vez más firme, ha celebrado recitales en los Colegios Mayores San Juan Evangelista, Alfonso el Sabio, junto al veterano Juan Varea y Perico el del Lunar y Humbertoel Paillo como tocaores, y, por último, en el Isabel de España, acompañado por Antonio Piñana. Nos interesa destacar el carácter polémico de las intervenciones de Morente promoviendo el coloquio y participando en él como procedimiento didáctico de esclarecimiento de los proble-

mas que en torno al cante se plantean en la actualidad.

Flamenco, en el Ateneo de Madrid.—En el salón de actos del Ateneo, totalmente abarrotado de un público heterogéneo de flamencos, universitarios y ateneístas, ha celebrado un nuevo recital Enrique Morente. Fue acompañado por el tocaor Manolo Sanlúcar y presentado por Manuel Ríos Ruiz, poeta, flamenólogo y secretario de la Estafeta, que previamente disertó en torno al cante flamenco, haciendo ver, entre otras cuestiones, la relación mantenida entre el flamenco y un grupo de poetas que, partiendo de Manuel Machado, ha constituido durante los últimos decenios el instrumento de promoción y divulgación del cante. El cantaor, algo acatarrado, salvó las dificultades con el oficio y la maestría que le caracterizan e incluso logró que el público reaccionara entusiasmado en varias ocasiones, siendo, en general, calurosamente aplaudido. Pero lo más interesante, por insó-

lución que, por causas ajenas a su voluntad y a su categoría, fue asombrosamente breve. Recientemente fue Menese quien intervino cosas de las mejores del cante. Y en estos días, TVE televisó una entrevista con Morente y un fragmento de su intervención en el Ateneo. Paradójicamente, éste sería el medio más poderoso de difusión del flamenco y el que permitiría que llegara a los hogares humildes de donde partió.

Flamenco, consumo y testimonio.—Estamos asistiendo a un experimento peligroso. El transvase de un arte popular, el flamenco, a la cultura urbana. Desarraigado del ambiente y la situación que le diera vida se ha ido reduciendo como reacción del ser frente y a su medio y ampliando como estética del ser en sí. El resque de libertad que permitía el subdesarrollo mantenía al cante en un régimen de semiclandestinidad que sólo daba, en cuanto al mejor flamenco, para una semicomercialización. Pero

producción espiritual. Frente a esta situación es necesario encontrar una estrategia del arte popular si no quiere caer en la degeneración o convertirse en bellísima reliquia discográfica. Por el momento, sólo un camino se nos aparece como solución. Y es que los cantaores que siempre engrandecieron artísticamente lo que su pueblo y su tiempo les dictaba, tienen que vivir y expresar profundamente las contradicciones y los anhelos de la sociedad en que viven y a la que se dirigen. Esto es lo que hizo todo el arte grande de siempre y el único y difícil camino a que deben enfrentarse los hombres que del pueblo proceden y en nombre del pueblo cantan. ■ F. ALMAZAN.

Requiem por la muerte de un cantaor

"Homenaje a Bernardo el de los Lobitos" se titula el LP que Hispavox acaba de lanzar al mercado en memoria del que, junto con Pastora Pavón, Aurelio de Cádiz, Pepe el de la Matrona y Antonio Mairena, constituía la más antigua y extraordinaria antología del cante. Bulerías, de los Lobitos; solesares, de Alcalá y de Triana; taranta y seguiyía, del Marrurro y Caba; alegrías y cantinas, Malague-

ña de la Trini; tientos y penteras son los cantes recogidos. Un hilo de voz, como hace cuatro años, cuando lo escuché por vez primera, fue suficiente a Bernardo para cantar su verdad; para mostrarnos qué es lo esencial en el cante; para dejar su melancolía al descubierto. No importa qué viejos estilos, qué irrepetible manera, qué hay de inédito en esta grabación: Bernardo ejercita la maestría de sus ochenta y cuatro años de cantar como quien vive, eliminando las mediaciones, cantando como quien habla, de un modo sencillo y directo, que nos coloca de inmediato en el ámbito de su ternura. Era un poeta. Hubo quien lo comparó con Azorín, y yo no he imaginado nunca a nadie que me recordara más a Bécquer. Es igual, su capacidad de poesía ha quedado suficientemente probada con el fracaso de su romanticismo inalcanzable, con la pureza mantenida durante tantos años de profesión difícil, de forzosa picaresca, de aventura irremediable. No importa si hace cuatro o si hace ocho semanas murió el cantaor, el Niño de Alcalá, con cuyo nombre se lanzó de crío a buscar el pan nuestro de algunos días. El pan difícil que en esta España, inacabablemente estraperlista y buscona, había que buscar en los cafés-teatro, en la jira improvisada o en las ventas cada noche. Se trataba de "trincar" "para ir tirando", como para tantos españoles obliga-



José Menese.

lita en el lugar, fue la reacción desigual de los diferentes sectores del público ante los cantes-testimonio, de los que es autor el propio Morente. El viejo caserón y su galería de hombres ilustres vivieron por un momento aquel punto de emoción, que según cuentan viejas crónicas conoció alguna vez el Ateneo.

Flamenco en la televisión.— También en TV ha hecho su aparición el flamenco, últimamente. Primero fue Antonio Mairena quien sorprendió a los aficionados con una inter-

avanzamos, aunque malamente, hacia lo que Marcuse concibe como sociedad cerrada donde todo se requisa, donde los canales de comercialización son cada vez más perfectos, donde el mercado, irracional por inhumano, determina las características de una obra masiva que es el simple reflejo de la más torpe realidad; donde el capitalismo, hostil al arte en cuanto que hostil al hombre, acostumbra a controlar y dirigir la producción material humana no perdona tampoco su

